

# Notas de Arte

por R. M. Solano

Aunque no es necesario afirmar lo que ya está patente, insistimos en declarar que lo que aquí hacemos es dar una impresión modesta y unas cuantas opiniones y noticias de mínimo y gris visitante de exposiciones. Que no hacemos *crítica de arte* ni cosas de parecido tremendismo. Que opinamos por nuestra humildísima cuenta aunque algún lector ingenuo, como *Revista de Historia* aparece trimestralmente y va retrasada y siempre a la zaga, pueda pensar que hacemos "refritos" con opiniones ajenas, si nota que coincidimos alguna vez con ellas. Que ni jaleamos a los amigos por el hecho de serlo, ni fustigamos por manía tonta de "suficiencia", sino que proclamamos nuestra verdad sin temor a que los anunciantes se nos den de baja ni los pontífices del arte nos pongan caras largas ni murmuren, como ya lo han hecho. Que "*Revista de Historia*, al fin—oh males de "T y D"—, no tiene un buen crítico de arte". Que nadie lo siente tanto como R. M. Solano.

## 1. Exposición José Julio en el Círculo

Del 1 al 11 de octubre ha expuesto José Julio Rodríguez (30 obras, entre óleos y acuarelas. José Julio, conocido por sus actividades poéticas y literarias, nos sorprende con distintas actividades que no creíamos ocuparan su atención de manera tan sostenida. Algún tímido ensayo en exposiciones colectivas insulares y de la Península nos hizo pensar que estas escapadas pictóricas del joven poeta y escritor serían su "violín de Ingres". Pero no ha sido así.

Con una laudable actitud muy digna de estimación, José Julio ha tenido la valentía de habérselas solo con el público en esta su primera exposición

individual que, por serlo, muestra todavía en agraz lo que una voluntad de ser, como la del joven pintor, podrá llegar a alcanzar algún día.

## 2. Teodoro Ríos

Del 12 al 21 de octubre Teodoro Ríos expuso por tercera vez en el Círculo. Seis retratos al óleo y cuatro a la aguada de difícil ejecución y correcta factura estos últimos; diez óleos más, en su mayoría paisajes, y unos bocetos en estudio. En total, 21 obras.

Hace poco recordaba un crítico de arte catalán la paradoja wildeana de que no es el artista el que imita a la Naturaleza, sino que es ésta la que adquiere vivencia cuando el artista la representa; es decir, la crea. Un ejemplo casi doméstico: Martín González.

El paisaje del sur estaba ahí. Barruntábamos todos o unos cuantos—de mí tengo testigos que lo afirmen—antes de aparecer Martín, que al sur había que "crearlo" en categoría de arte. Para que nosotros pensáramos así existía un previo clima o una atmósfera cargada de unas determinadas vivencias estéticas, de las que participamos todas las generaciones europeas que han advenido tras las ruinas del impresionismo y, "aquello", ha podido gustarnos. Un pintor de 1880 o de 1910 no hubiera sentido el sur como Martín González, y jóvenes de esas fechas no hubieran reparado en el sur como categoría de arte. Pero no vamos a escribir de Martín ahora sino que lo hemos traído como ejemplo.

Al topar con el peliagudo problema del arte que *representa* y del que *crea*, otra dificultad se acumula en el retrato. ¿Qué es, en suma, hoy un retrato? ¿Una "representación" del modelo para que D. José o Lulú o el distinguido "sportmann" digan de la señorita de tal o cual o del joven o de la señora o del caballero que "están hablando"? ¿En qué se diferencia el retrato "representación" de una buena fotografía iluminada? Y esto de la fotografía nos acumula dificultades mayores.

Cuando los miniaturistas de la segunda mitad del XVIII y primera del XIX hacían unos encantadores retratos, no habían topado aún con la dificultad y la competencia de aquella deliciosa bomba atómica de la temporada que fué Daguerre. *Mi hermana Teresa*—escribe D. Juan Primo de la Guerra en 1800—*se ha hecho una miniatura mía para llevar sobre el pecho porque está eso muy de moda. No tenemos el texto a la vista pero es algo así lo que escribió el último vizconde de Buen Paso. Las miniaturas llenaban la necesidad sentimental de llevar la vera esfingia de la persona amada muy cercana, con ese amuletismo fetichista que las zonas sentimentales proyectan siempre por imperativo ineludible. Entonces tenía perfecto sentido que un D. Luis de la Cruz, por ejemplo, conocido en España por "el canario", tan buen miniaturista, se esforzara primordialmente por resolver el problema del parecido. Claro está que dentro de los cánones estéticos del academicismo, del virtuosismo de "lo perfecto" el miniaturista*

"reproduce", "imita" pero "además" pone eso que lo académico llama acabado, puro de líneas, esto es, "perficere".

Pero aquellos deliciosos daguerrotipos industriales y "parvenu" terminaron con los miniaturistas. Como las anilinas alemanas acabaron con nuestra cochinilla. El daguerrotipo no tenía color pero era rápido, más servil, es decir, industrial, nuevo, desconcertante. El encantador progresista de 1840 adquiría un nuevo y preciado juguete y las damitas con polizón y los mozos barbudos y con chistera comenzaron a hacer rápidas "poses" y a sonreírse al mandato del fotógrafo... Y nos dejaron esas laminas brillantes de los daguerrotipos que son hoy el ensueño de las vitrinas en las casas de buen tono, porque uno piensa con un poco de descaro en esta época de insultante angustia económica que mientras haya casas con vitrinas y vitrinas con daguerrotipos o miniaturas todavía existe un poco Europa.

El retrato fotografía agudizó el problema del retrato pintura. La máquina y el hombre comenzaron a competir; la obra se tragaba un poco a su creador y si el mito de Pígalión expresa la gran faena creadora del hombre, es decir, humaniza todo cuanto ha de tocar, le da alma; el maquinismo, por el contrario, pigmalioniza a la inversa, desalma al hombre y lo mecaniza. Y éste es el problema del retrato actual. El hombre, señor de sí mismo, cada vez que puede, tira de sus riendas creadoras y comienza a hacer eso que se llama "fotografía de arte" o "fotos artísticas". El fotógrafo bueno quiere acercarse al pintor, trata de componer, de iluminar, de proyectar, en suma, su ser mismo en la obra. El buen pintor actual no topa con el mero problema del parecido. No es el suyo un problema de reproducción sino de creación. Pensemos que el Conde-Duque, de Velázquez, tuvo que parecerse al D. Gaspar de Guzmán, del seiscientos y que sus contemporáneos conocieron; pero eso, que nosotros jamás podremos saber aunque lo sospechemos, no fué lo que Velázquez hizo. El pintor nos legó un Conde-Duque genial como elaboración artística; un prodigioso airón humano, una pincelada vital y barroca de una figura—esa figura a la que aludía Quevedo para rotular la política española de entonces que podía ser el esquema de la conocida imagen del coloso con pies de arcilla y que comenzaba a hundirse—. Velázquez nos dejó no tan sólo la herida en carne viva de toda su época, sino ese pasmante mundo de su pintura que se intuye o no, que es un poco inefable porque los problemas de la estética no se entienden como el binomio de Newton. Claro está que los personajes de Velázquez o Goya, hasta los más humildes, tenían que decírnos. Cuando Goya topaba con D. Carlos María Isidro o con María Luisa de Saboya nos decía qué y a quién pintaba y nosotros nos hemos enterado de que no eran nada más que D. Carlos María o María Luisa; lo difícil es cuando una señora, un señor, unos niños, Lulú o Pepita, se quieren hacer un retrato. Esa es la dificultad que Teodoro Ríos nos expone en el Círculo de Bellas Artes.

### 3. Acuarelas de Monteverde Ascanio

Veintidós acuarelas ha expuesto el joven artista lagunero en el Circolo, desde el 23 de octubre al 1 de noviembre. Ramón Monteverde tiene una preocupación harto elógiosa a todas luces. No queremos repetirnos al señalar las notas características de nuestros acuarelistas definitivos ni citarlos, porque ya hemos aludido a los tres varias veces, pero si bien ellos han tenido la virtud de crear escuela y tradición—sobre todo el ilustre Bonnin—y un gran entusiasmo de público y de epígonos por la acuarela, la verdad es que cada acuarelista que surge tiene que habérselas con el difícil problema de que, para destacarse, tiene que abordar la cuestión, no ya de lo que tenga que decir, sino de cómo ha de decirlo.

Si un joven acuarelista surge entre nosotros, tiene que contar: primero, con unos maestros que están detrás y de los que lógicamente y necesariamente tiene que aprender, quiera o no; y segundo, ha de procurar libertarse de ellos después de haberlos “rumiado”, si es que quiere ser acuarelista. Y este contar con los maestros y evadirse luego de ellos son las premisas del intrincado silogismo que debe plantearsele al novel acuarelista canario.

Cuántas veces viendo la obra incipiente de muchos jóvenes que comienzan a acuarelar, los espectadores nos encontramos con que ni dicen nada que no hayan dicho ya los consagrados—que sería lo de menos—sino que lo dicen como lo han dicho ellos, sólo que en imitación—intencionada o no—tosca. Cuando los críticos o los modestos espectadores como nosotros señalan o señalamos las “influencias” que el novel tiene, hacemos todos una pueril afirmación. Las “influencias” son precisas, necesarias, naturales; lo importante es captar el personal mensaje que el artista quiere hacernos. Por eso escribí que la preocupación de Monteverde es harto elogiosa. Es menester reparar bien en cómo un acuarelista que no sabe hacer segundos ni terceros planos, que pinta perramente cielos y no sabe “hacer” el mar, destaca desde un fondo mal hecho la finura menuda, anecdótica, azoriniana de unos primeros planos detallistas y a veces muy logrados. Entre el leit-motiv del color verde—tan grato al acuarelista—se destaca el contraste de su cuadro *Callejón viejo* (núm. 15 del Catálogo) que confirma nuestra afirmación. De un mal fondo azul emerge la gracia soleada, un poco melancólica de un muro en ruinas que es un monolito iluminado por la jocunda luz de un mediodía atlántico. Lo conseguido por el artista y lo no logrado se manifiestan juntos: un cuadro con buena luz, un episodio bien elegido y resuelto en el plano inmediato pero un fondo sin resolver. Monteverde tiene ya “rumiados” a los maestros y su primera exposición es un laudable esfuerzo por libertarse de ellos. No es poco mérito el suyo ni poco lo alcanzado desde su primera exposición individual cuando otros acuarelistas jóvenes todavía no han logrado encontrar su camino en dos o tres salidas.

#### 4. Exposición Juan Davó

Del 1 al 11 de noviembre ha expuesto el ya acreditado pintor Juan Davó 19 obras en el Círculo. Dos templos y diez y siete óleos.

La huella impresionista del pintor sorollano Romero Mateos queda— ¡todavía!—en la pintura de Juan Davó. *La Fiesta del Cristo en Tacoronfe* es un buen pregón de ello. Técnica, colorido, luz y composición están dentro de los cánones de la escuela.

Muy estimable es en Davó el gran esfuerzo regionalista de su obra. Las anécdotas de nuestro campo, de nuestras ferias, de nuestro folklore, en fin, son recogidos por el impresionista pincel del artista en una cordial ofrenda a todo lo que haya en Tenerife de episodio folklórico. El cultivo de nuestro plátano tiene sus anécdotas, como todos los productos agrícolas, que el pintor ha recogido con gran cariño. El verde monótono de la platanera y que acabó con la policromía del Valle de la Orotava, llena los cuadros que Davó dedica al monocultivo de nuestra tierra. Gran cartelera de propaganda turística y agrícola que cumple fielmente una finalidad tan estimable como la que, sin duda, ha de obtener este anuncio narrativo de qué es y cómo son los jalones decisivos del cultivo y recolección del plátano. Una exposición de este asunto no se había hecho todavía.

La verdad es que la palabra poema es otra cosa y no es apta para rotular una obra de esta clase. Nos parece algo tan desligado como cuando el bueno de Quintana escribía una oda a la vacuna o a la imprenta. El propósito de Davó, muy estimable; la narración agrícola y comercial muy conveniente, pero de poemas ni de pintura decorativa mural no nos atrevemos a escribir.

#### 5. Eva Fernández de Guigou en el Círculo

Del 12 al 22 de noviembre la Sra. Fernández de Guigou nos ha ofrecido 24 obras de motivos diversos que podemos agrupar en bodegones y figuras. La Sra. Fernández con una valentía muy digna de plácemes aborda múltiples problemas en sus cuadros de composición de figuras dentro de su escuela de Romero Mateos, feliz representante en Tenerife de la escuela de su maestro Sorolla.

Con todo ello, Eva Fernández logra sus mejores aciertos en el bodegón. No nos atrevemos a decir la tontería de que el bodegón es un género femenino, pero sí que al menos entre nosotros, cuando las escasas pintoras que las islas han dado se han puesto a cultivarlo, han obtenido obras muy buenas. Todavía recordamos aquel feliz intento de una gran pintora frustrada, Juanita Dorta, que en 1930 parecía que había encontrado la fórmula del bodegón genuinamente canario. Eva Fernández ha presentado en esta su última exposición, que es la primera en que se atreve a manifes-

tar su obra sola, unos bodegones que nos fundamentan la idea de que por ese camino ha de lograr la joven pintora éxitos seguros.

## 6. Un pintor de Las Palmas en el Círculo

D. Tomás Gómez Bosch, hombre maduro pero pintor joven, ha expuesto 33 obras en el Círculo del 24 de noviembre al 6 de diciembre: paisajes, retratos, bodegones con flores y frutas y composiciones.

Múltiples atenciones tiene la paleta de Gómez Bosch que pinta con toda clara dignidad todo lo que puede, aunque a veces haga concesiones a ese público "municipal y espeso" que suele comprar determinadas cosas que le gusta y que los pintores saben perfectamente las que son; pero, en general, la limpidez y pericia técnica de Gómez Bosch salvan hasta algunas de sus obras hechas, sí, con pulcritud de virtuoso, pero un poco pasadas de moda, si se nos permite la frivolidad.

Exceptuado el fino rincón de la casa blanca de Tenoya, de gran vivencia pictórica, no es el paisaje, dentro de un impresionismo decantado, el tono fuerte de la paleta de Gómez Bosch. En el retrato y la composición ha logrado, en cambio, obras fuertes como su magnífico autorretrato a contraluz, de grandes dificultades técnicas primorosamente resueltas; el fino retrato de su hija Ana María, sobrio, sencillo en suaves gamas rosas, o el gallardo y valiente retrato de su hijo Tomás Gómez Arroyo. La *Muchacha del risco*, de brava placidez de hembra tropical o africana, si se quiere, se recorta y no emerge de un fondo inconfundiblemente canario que el pintor ha querido hacer también un poco protagonista del cuadro y no fondo del mismo; es una obra representativa de lo que es y, sobre todo, podrá ser en la composición Tomás Gómez Bosch.

Sin olvidar algún buen motivo de flores, Gómez Bosch en sus bodegones ha puesto altas notas de su pericia y maestría pictórica. Con el menudo reparo de unas uvas que se nos antojan aperlada cera que dan tono de cosa inerte a una naturaleza "recién viva" los bodegones de Gómez Bosch, los auténticos, los que tienen sencillez pictórica, humilde soledad de objeto comestible por el que acaba de pasar la vida, se llevan nuestra preferencia de visitante mínimo y gris. Los delicados membrillos; media docena de amigos vegetales de la misma familia pero con valor aislado reposan su simplicidad entre los planos de luz reflejada, de buscado efectismo sí, pero de calidad artística tan pura que ellos solos valen media exposición y justifican la peor fortuna de otras obras que, por lo demás, es difícil llevar en 33 a semejante y feliz lograda altura.

## 7. Exposición Chevilly

Tres cuestiones aborda Carlos Chevilly en las obras que ha expuesto en el Círculo del 12 al 20 de diciembre: el retrato, el bodegón y la pintura decorativa mural en proyecto.

¿Qué limitación de Chevilly no permite que sus retratos tengan auténtica vida? Hay en ellos la voluminosidad más plástica que pictórica heredada del maestro Cossío y que hace inconfundible, empero, el arte de Chevilly, pero una paleta voluntariamente limitada—¿por qué?—de color y luz produce unos retratos que pudieran, que debieran ser y no son. Creemos que talento—el talento del artista que pinta esa “Figura pensativa” aun dentro de la monótona *suite*—pudiera obviar tales manquedades hijas, quizás, de un estancamiento deliberado en los propósitos de Chevilly. ¿Por qué no salir de Tenerife y ver por ahí pintura? ¿Por qué los artistas, como los gobernantes, se obstinan en no oír más voces que las que le son afectas? Cuando un artista entre nosotros tiene talento y buenas dotes pictóricas, el pernicioso coro aúlico de amigos o una crítica amable, aunque objetiva, a veces suele estancar prematuramente a un buen pintor en ciernes. Y en esta época de racionamiento, muy saludable sería para los artistas administrar con mesura los adjetivos. Da gusto ver cómo Chevilly destaca su personal talento, su singular factura tan pronto, entre el conglomerado más o menos gris de tantos jóvenes—y no jóvenes—artistas; dotado en especial para manejar volúmenes y con ese virtuosismo en los paños que le lleva al curioso estudio núm 9 del Catálogo, que es para nosotros el paño sustantivado, el joven pintor maneja, como pocos, el arte del bodegón y la naturaleza muerta donde la *res* propiamente dicha tiene su categoría de arte y, aunque ha cambiado poco las composiciones, que más de una vez son “variaciones sobre el mismo tema”, Chevilly sigue siendo un gran bodegonista. Si estudiara, cambiara de aire y enriqueciera su paleta, más nos daría de positivo y estrictamente pictórico un artista del que no podemos ni nos resignamos a creer que no pueda darnos más.

## 8. Exposición colectiva de pintores canarios

Vimos la exposición colectiva tradicional de fin de año al día siguiente de su inauguración, cuando todavía no existía catálogo de la misma ni alguna pequeña variación. Lo que vimos fué esto: 1) Acuarela de González Suárez, *Catedral de Arucas*, un trabajo que no llega a la altura a que el acuarelista nos tenía acostumbrados: 2) Raúl Tabares, una acuarela muy bien ejecutada de un interior de la catedral lagunera; de color, dibujo y luz que muchos quisieran para sí: 3) Un dibujo de Elisabeth Witthugel, pero aunque es de estimar corrección con las damas no podemos decir nada más. 4) Mario Baudet, *Acuarela*. 5) E. Witthugel, *La Argentinita*, dibujo. 6) Una acuarela de Ángeles Cerviá, discípula del Sr. Bonnin. 7) Una acuarela de Juan Toral, que mejora en el paisaje pero si no firma no sabríamos si es él o Baudet quien la ejecutan. Y si Baudet o Toral se olvidan de firmar no sabemos si sus trabajos los hizo un día, de mala gana, González Suárez. Todo esto en el ala izquierda del salón pequeño de la entrada.

A la derecha del mismo salón: 8) *Flores*, acuarela de J. R. Luis, discí-

pulo del Sr. Bonnin. 9) Acuarela del Sr. Bonnin que recoge un rincón exterior de la Catedral de Las Palmas y que no nos gusta, pero sabido es que no entendemos de arte. 10) V. Bravo, un hermoso acantilado de La Gomera, resuelto con gracia y personalidad. 11) F. Bonnin, unas espléndidas, maravillosas, impresionantes rosas blancas silvestres que destacan su composición natural en un piso culto y místico de rosario y devocionario. Estas rosas difíciles, virtuosas, de Bonnin valen casi más de media Exposición. 12) Monteverde, un paisaje de La Laguna de verdes tiernos, preferidos del acuarelista lagunero. 13) Un dibujo de R. Llanos, no exento de finura.

En la sala grande interior, desde el fondo de izquierda a derecha vemos: 14) Guezala, un óleo típico e inconfundible que es un primor de dibujo y de perfección en primeros y últimos planos. Pero siempre la misma Musa agreste, aunque exhiba ahora una folklórica tabaiba. 15) Martín González, un buen paisaje de riscos de Taganana con la playa al borde del roque de Las Animas, aquel que fué la Musa geológica del pintor romántico Alejandro Saviñón. En este Martín González vuela, flota menos su inconfundible atmósfera violeta y, por sostenido, el solo monótono de Martín nos empieza a inquietar. 16) Teodoro Ríos, un retrato de la Srta. de Pallazar. Un hermoso y logrado retrato de dibujo, color y luz impecables. El que más nos gusta de los que últimamente le hemos visto al pintor. 17) Guillermo Sánchez, un retrato. 18) E. Witthugel, un pastel. 19) Víctor Núñez Izquierdo, *Bodegón*. El único de esta Exposición y muy bueno. No obstante la falsedad del paño y aunque las cebollas repartan su episodio con el barro, la ejecución de cada una de las cebollas es un acabado estudio de color y luz. 20) y 21) Josefina Maynadé un óleo con unas discretas flores de impresionismo francés y un buen bronce. 22) Juan Ismael, retrato de Pedro Pinto de la Rosa. La composición y la luz buenas, pero es un retrato sin hondura, querido Juan Ismael. 23) Antonio Torres, un óleo ascético e intencional. 24) Nicolás Massieu, retrato de Bernardo Gil Roldán. Pese a algún defecto técnico, un buen retrato. 25) López Ruiz, *Marina*. Un óleo teatral de esos que le gustan a la gente porque es bonito, claro. 26) Eva Fernández un óleo en el que intervienen la composición de figura y el bodegón. 27) Enrique Sánchez, *Marina*. Una espléndida marina en grises y blancos rompientes, de gran dinamismo y pulcra ejecución. 28) José Julio Rodríguez, barro. Y bastante bueno por cierto. De intencional claro oscuro el objeto cobra sustantividad. Lo que más nos gusta de lo que hasta ahora hemos visto del autor. 29) C. Aznar, *El Bantayga*. Óleo. Aznar siempre con su pintura lírica, dinámica, brumosa. Sería curioso que Aznar resultara un pintor romántico. 30) Santiago Santana, óleo que representa un caserío. Paisaje muy canario. Desde su exposición del Ateneo de Madrid no habíamos visto nada de Santana.

A continuación: 31) Paco Martínez, un gracioso paisaje simplista, pero, la verdad, para 6 puntos, no. Si a Bruno lo han puesto bajo cero y a



Núñez con 2, este paisajito tan breve y grato con un puntito va "que chuta"... 32) Alfonso Reyes, un dibujo en sepia que representa un desnudo femenino, demasiado fuerte, dentro de unas líneas que nos recuerda a Francisco Borges. Demasiada bravura de líneas acaso para un desnudo femenino hecho dentro de los cánones realistas. Retrato en bronca. 34) Emilia Mesa, Flores. 35) Ernesto Beautell, una composición de comida campestre sobre la hierba que no es precisamente *Le déjeuner sur l'herbe* de Manet. 36) Vicente Borges, retrato al óleo. 37) José Bruno, Flores. Unas hermosas rosas densas, pastosas, ejecutadas con ese personal estilo de José Bruno en el que apenas si la luz cuenta directamente. Entre las frescas rosas silvestres de Bonnin y estas carnosas flores de Bruno, rosas de artificial invernadero, pero no por ello exentas de gran belleza, un escritor podría hacer un pequeño ensayo confrontativo.

Las comparaciones son siempre atrevidas y peligrosas, sobre todo para los que no entendemos de pintura. Poco nutrida ha sido esta Exposición de fin de año, de tonos, en general, discretos. Dos hermosas obras: las rosas de Bonnin y la marina de Enrique Sánchez destacan sus calidades. Teodoro Ríos, Martín González, José Bruno, Guezala, Nicolás Mascieu, Aznar y Juan Ismael siguen en su tono más o menos sostenido. Dos artistas hasta ahora noveles se afianzan con firme y esperanzada promesa y abandonan el novelismo: José Julio y Víctor Núñez Izquierdo.

## NOTICARIO

### TENERIFE

**Homenaje a Bonnin.**—Con motivo de su segunda reciente exposición celebrada en Madrid en el Palacio de Santa Cruz, el ilustre acuarelista tinerfeño D. Francisco Bonnin fué agasajado con un acto celebrado el 23 de noviembre en la capital de España y en el que intervinieron los señores García Sanchiz, Trigo y Aunós, director del Círculo de Bellas Artes madrileño. La prensa de Madrid ha elogiado unánimemente la exposición Bonnin. Entre la crítica destacamos un ponderado trabajo del ilustre crítico y Catedrático de Historia del Arte, José Camón Aznar, publicado en "A B C".

**Un cuadro de Jaime Catena.**—El pintor niño, Jaime Catena, de 13 años, y que el año pasado obtuvo un premio de noveles otorgado por el Círculo de Bellas Artes, ha expuesto en el salón de actos de la Mancomunidad un cuadro de grandes dimensiones que representa la barrida "General García-Escámez". Registramos la noticia como dato biográfico futuro de un pintor en ciernes.

### LAS PALMAS

**Exposición Rodríguez Guanche.**—Del 21 al 31 de octubre estuvo expuesta en el Gabinete Literario una selección de 36 obras que el pintor tacco-

rontero Rodríguez Guanche ofreció al público de Las Palmas. Acuarelas con paisajes de Tacoronte y La Gomera y flores y óleos (bodegones y flores) integraron la exposición sobre la que hemos leído elogiosas notas periodísticas.

**D. Mariano Laforet.**—En la segunda quincena de noviembre estuvo abierta en el mismo Gabinete Literario la exposición del pintor vecindado en Canarias Mariano Laforet. Paisaje de Gran Canaria hecho a espátula y que la prensa de aquella isla comenta con elogio.

**Premio a Cárdenes.**—Al escultor canario Abraham Cárdenes le ha sido concedido recientemente un premio de 2.500 pesetas por la Academia de San Fernando. Enhorabuena.